

Morin, Edgar y Kern, Anne Brigitte, 1993
“La Reforma del Pensamiento”, en Tierra Patria. Barcelona, Editorial Kairós,
pp.189-203

7. LA REFORMA DEL PENSAMIENTO

Existe una profunda ceguera para la propia naturaleza de lo que debe ser un conocimiento pertinente. Según el dogma imperante, la pertinencia crece con la especialización y con la abstracción. Ahora bien, un mínimo conocimiento de lo que es el conocimiento nos enseña que lo más importante es la contextualización. Claude Bastien advierte que «la evolución cognoscitiva no se dirige al emplazamiento de conocimientos cada vez más abstractos sino, al contrario, hacia su puesta en contexto^{1[1]}» que determina las condiciones de su inserción y los límites de su validez. Bastien añade: «La contextualización es una condición esencial de la eficacia (del funcionamiento cognoscitivo)»

El conocimiento especializado es en sí mismo una forma particular de abstracción. La especialización abstraee, es decir extrae un objeto de un campo dado, rechaza los vínculos y las intercomunicaciones con su medio, lo inserta en un sector conceptual abstracto que es el de la disciplina compartimentada, cuyas fronteras rompen arbitrariamente la sistemicidad (la relación de una parte con el todo) y la multidimensionalidad de los fenómenos; conduce a la abstracción matemática que opera por sí misma una escisión con lo concreto, privilegiando, por un lado, todo lo que es calculable y formalizable e ignorando, por el otro, el contexto necesario para la inteligibilidad de sus objetos.

Así, la economía, que es la ciencia social matemáticamente más avanzada, es la ciencia social y humanamente más retrasada, pues se ha abstraído de las condiciones sociales, históricas, políticas, psicológicas, ecológicas inseparables de las actividades económicas. Por ello sus expertos son cada vez más incapaces de interpretar las causas y consecuencias de las perturbaciones monetarias y bursátiles, de prever y predecir el curso económico, incluso a corto plazo. De pronto, la incompetencia económica se convierte en la principal problemática de la economía.

El conocimiento debe, ciertamente, utilizar la abstracción, pero intentando construirse por referencia al contexto y, por ello, debe movilizar lo que el conocedor sabe del mundo. Como escribe Francois Recanatí^{2[2]}:

«La comprensión de los enunciados, en vez de reducirse a un puro y simple descifrado, es un proceso no modular de interpretación que moviliza la inteligencia general y recurre ampliamente, al conocimiento del mundo.»

^{1[1]} Cl. Bastien, «Le décalage entre logique et connaissance»,
Courier du CNRS, 79, *Sciences cognitives*, octubre de 1992

^{2[2]} “La pragmatique linguistique”, Courier du CNRS, 79, *Sciences cognitives*, op. cit. pág. 21.

Es decir que la comprensión de datos particulares sólo puede ser pertinente en quien mantiene y cultiva su inteligencia general, y en quien moviliza sus conocimientos de conjunto en cada caso particular. Marcel Mauss decía: «Hay que recomponer el todo». Nosotros añadimos: hay que movilizar el todo. Ciertamente, es imposible conocerlo todo del mundo y aprehender sus multiformes transformaciones. Pero, por aleatorio y difícil que sea, el conocimiento de los problemas claves del mundo, de las informaciones clave que conciernen a ese mundo, debe intentarse so pena de imbecilidad cognoscitiva. Y tanto más cuanto, hoy, el contexto de cualquier conocimiento político, económico, antropológico, ecológico, etc., es el propio mundo. La era planetaria necesita ubicarlo todo en el contexto planetario. El conocimiento del mundo se hace necesario intelectual y vitalmente, al mismo tiempo. Es el problema universal para cualquier ciudadano: cómo abrirse al acceso a las informaciones sobre el mundo y cómo adquirir la posibilidad de articularlas y organizarlas. Pero para articularlas y organizarlas y así reconocer y conocer los problemas del mundo, es necesaria una reforma de pensamiento. Esta reforma que comporta el desarrollo de la contextualización del conocimiento, recurre ipso facto a la complejificación del conocimiento.

El pensamiento a piezas sueltas.

El pensamiento que compartimenta, separa, aísla, permite a los especialistas y expertos ser muy efectivos en sus compartimentos y cooperar eficazmente en sectores de conocimiento no complejos, especialmente en los que conciernen al funcionamiento de las máquinas artificiales; pero la lógica que obedecen extiende sobre la sociedad y las relaciones humanas las coacciones y los mecanismos inhumanos de la máquina artificial, y su visión determinista, mecanicista, cuantitativa y formalista, ignora, oculta o disuelve todo lo objetivo, afectivo, libre, creador. Además, los espíritus parcelarizados y tecno-burocratizados son ciegos para las inter-retroacciones y la causalidad en círculo, y consideran todavía, a menudo, los fenómenos según la causalidad lineal; perciben las realidades vivas y sociales según la concepción mecanicista-determinista, válida sólo para las máquinas artificiales. Más amplia y profundamente, hay en el espíritu tecno-burocrático incapacidad para percibir y también para concebir lo global y lo fundamental, la complejidad de los problemas humanos.

Los problemas son interdependientes en el tiempo y en el espacio, mientras que las investigaciones disciplinarias aíslan los problemas unos de otros. Existe ciertamente, en especial por lo que concierne al entorno y al desarrollo, una primera toma de conciencia que conduce a promover investigaciones interdisciplinarias pero, a pesar de una concesión de importantes créditos a este efecto, los resultados son escasos porque los diplomas, carreras, sistemas de evaluación se llevan a cabo en el marco de las disciplinas. Hay, sobre todo, una resistencia del *establishment*

mandarín/universitario al pensamiento transdisciplinario, tan formidable como lo fue la de la Sorbona del siglo xvii al desarrollo de las ciencias.

La posibilidad de pensar y el derecho al pensamiento son rechazados por el propio principio de organización disciplinaria de los conocimientos científicos y por el hecho de que la filosofía se encierre en sí misma. La mayoría de los filósofos desdeñan consagrar su reflexión a los nuevos conocimientos que modifican las concepciones del mundo, de lo real, del hombre, etc. Por primera vez en la tradición nacida de los griegos, se apartan del cosmos, del destino del hombre en el mundo, de las aporías de lo real. El mundo agoniza, y ellos discuten sobre el sexo de Edipo, debaten sobre el *Lebenswelt* sin *Leben* ni *Welt*, ignorando la reforma de pensamiento en beneficio de la reforma de la ortografía.

Los científicos niegan a los no científicos la aptitud, el derecho, la capacidad de pensar sus descubrimientos y sus teorías. ¿Pero para quién escribieron y escriben, pues, Einstein, Heisenberg, Bohr, Monod, Jacob, Prigogine, Reeves, d'Espagnat, Hawking? Han redactado libros para los no científicos porque consideraban que sus ideas podían ser comprensibles para los ciudadanos: ciertamente, la competencia técnica o matemática está fuera del alcance inmediato del «hombre de bien», pero las ideas pueden ser comunicadas y discutidas en el lenguaje común. Tras las ecuaciones de la física cuántica, está la idea de que el mundo microfísico no obedece las mismas lógicas, estructuras y leyes que nuestro mundo mesofísico, aunque nuestro mundo esté constituido a partir de esta textura microfísica. Tras la ecuación de Boltzmann del segundo principio de la termodinámica, hay ideas sobre la degradación de la energía, la desorganización de los sistemas, el lugar o el papel del desorden en el mundo físico, que nos conciernen a todos y a cada uno.

La falsa racionalidad.

En la era actual, los nefastos efectos que la conjunción de los peritajes, las comisiones y las administraciones ejerce sobre la decisión pueden llegar a la tragedia. El caso de la sangre contaminada es uno de ellos. Ciertamente, cualquier información inesperada y sorprendente choca, precisamente por eso, con la opinión admitida y con los hábitos de pensamiento que perturban; pero además, corre el riesgo de verse cloroformizada durante largo tiempo por la rutina de los despachos, desmigajada o rechazada por el fraccionamiento de cualquier problema que lleva a cabo la organización disciplinaria hiperespecializada que, apoyada por la irresponsabilidad de las comisiones, disuelve el sentido de la responsabilidad. Las alertas y las puestas en guardia se multiplican durante mucho tiempo sin éxito alguno y sólo muy tardíamente consiguen superar las inercias y cegueras, y hay que llegar al desastre para que se organice una respuesta.

Sucede incluso que medidas muy saludables en lo inmediato pueden, cuando obedecen una concepción compartimentada y lineal, producir al

final efectos nocivos que compensan, sobrepasan incluso, sus efectos benéficos. De este modo, la revolución verde promovida para alimentar al tercer mundo ha aumentado considerablemente sus recursos alimentarios y ha permitido evitar, notablemente, las carestías; sin embargo, ha sido necesario revisar la idea inicial, aparentemente racional pero abstractamente maximizante, de seleccionar y multiplicar en vastas superficies un solo genoma vegetal, el más productivo cuantitativamente. Se ha advertido que la ausencia de variedad genética permitía al agente patógeno, al que ese genoma no podía resistirse, aniquilar en la misma estación toda una cosecha. Ha sido necesario, entonces, restablecer cierta variedad genética para optimizar y ya no maximizar el rendimiento.

Por otra parte, la masiva utilización de abonos empobrecen los suelos, las irrigaciones que no tienen en cuenta el terreno provocan una erosión también empobrecedora, la acumulación de pesticidas destruye las regulaciones entre especies, elimina especies útiles al mismo tiempo que las perjudiciales, provoca incluso, a veces, la desenfrenada multiplicación de una especie perjudicial inmunizada contra los pesticidas; luego, las sustancias tóxicas contenidas en los pesticidas pasarán a los alimentos y alterarán la salud de los consumidores.

Finalmente, la roturación y el arrancado de árboles en miles de hectáreas contribuyen al desequilibrio hídrico y a la desertización de las tierras; los grandes monocultivos eliminan los pequeños policultivos de subsistencia, agrava las carestías y determinan el éxodo rural y la barraquización urbana.

En todas partes del planeta, como afirma Francois Garczynski, «esta agricultura crea el desierto, en el doble sentido del término: erosión de los suelos y éxodo rural». Si no son reguladas, la deforestación y la desarborización (destrucción de árboles al margen del bosque) a ciegas transformarán, por ejemplo, las fuentes tropicales del Nilo en un *ued* seco las tres cuartas partes del año. Encerrados en la lógica de la producción desenfrenada, los capitalistas, políticos, técnicos responsables de la deforestación amazónica para la agricultura, la ganadería y la industria pretenden ignorar todavía que el reciclaje del agua de las nubes por la selva proporciona la mitad del caudal del Amazonas. Del mismo modo, la mayoría de los agrónomos desconocen todavía el saludable papel del árbol aislado, que controla los flujos de agua, de aire y de elementos químicos en el suelo, dispone de un poder depurador sobre el agua y el aire y es conservador de fertilidad (Garczynski).

La falsa racionalidad, es decir la racionalización abstracta y unidimensional, triunfa sobre las tierras: las apresuradas concentraciones parcelarias, los surcos demasiado profundos y longitudinales, la deforestación y desarborización no controladas, el asfaltado de los caminos, el urbanismo que sólo pretende rentabilizar la superficie del suelo, la pseudo-funcionalidad planificadora que no tiene en cuenta las necesidades no cuantificables y no identificables por medio de cuestionarios, todo ha

multiplicado los arrabales de viviendas baratas y las nuevas ciudades se convierten rápidamente en islotes de aburrimiento, de suciedad, de degradación, de incuria, de despersonalización, de delincuencia.

El resultado son catástrofes humanas cuyas víctimas y cuyas consecuencias no pueden contabilizarse, y un agravamiento de las catástrofes naturales, como ha ocurrido recientemente en Vaison-la-Romaine.

En todas partes, y durante decenas de años, soluciones pretendidamente racionales, aportadas por expertos convencidos de trabajar para la razón y el progreso, y de que las costumbres y temores de las poblaciones eran sólo supersticiones, han destruido creando, han empobrecido enriqueciendo. Las más monumentales obras maestras de esta racionalidad tecno-burocrática se llevaron a cabo en la URSS: por ejemplo, se desvió el curso de los ríos para irrigar, incluso durante las horas de mayor calor, hectáreas sin arbolado de cultivo de algodón, de ahí la salinización del suelo al ascender la sal de la tierra, la volatilización de las aguas subterráneas, la desecación del mar de Aral. Las degradaciones eran más graves en la URSS que en Occidente por el hecho de que en la URSS los tecno-burócratas no tuvieron que sufrir la reacción de esos ignorantes y débiles mentales que, para ellos, son los ciudadanos. Desgraciadamente, tras el hundimiento del imperio, los dirigentes de los «nuevos Estados» han recurrido a expertos liberales del Oeste que ignoran deliberadamente que una economía de mercado libre necesita instituciones, leyes y reglas. Oscilando entre la reforma económica a pequeños pasos, incapaz de llevar a cabo la transformación de las estructuras y la liberalización generalizada inmediata, que pondría en marcha una degradación sociológica, los nuevos dirigentes no han elaborado la indispensable estrategia compleja que, como había indicado ya Maurice Allais -economista liberal, sin embargo-, implicaba planificar la desplanificación y programar la desprogramación.

La inteligencia parcelarizada, compartimentada, mecanicista, desglosadora, reduccionista rompe el complejo del mundo en fragmentos desglosados, fracciona los problemas, separa lo que está unido, unidimensionaliza lo multidimensional. Es una inteligencia miope, présbita, daltónica, tuerta a la vez; acaba a menudo por estar ciega. Destruye en la cuna todas las posibilidades de comprensión y de reflexión, eliminando también cualquier posibilidad de un juicio correctivo o de una visión a largo plazo. Así, cuanto más multidimensionales se hacen los problemas, más incapaz se es de pensar su multidimensionalidad; cuanto más progresa la crisis, más progresa la incapacidad de pensar la crisis. Cuanto más planetarios se hacen los problemas, más impensados se vuelven. Incapaz de considerar el contexto y el complejo planetario, la inteligencia ciega, hace inconsciente e irresponsable. Se ha vuelto mortífera.

Uno de los aspectos del problema planetario es que las soluciones intelectuales científicas o filosóficas a las que se recurre habitualmente

constituyen, en sí mismas, los problemas más urgentes y de más grave resolución: como han dicho Aurelio Peccei, y Daisaku Ikado: «La aproximación reduccionista que consiste en confiar en una sola serie de factores para resolver la totalidad de los problemas planteados por la crisis multiforme que actualmente atravesamos, es menos una solución que el propio problema.»

El pensamiento mutilado que se considera experto y la inteligencia ciega que se considera racional siguen reinando.

Restaurar la racionalidad contra la racionalización.

El pensamiento mutilado y la inteligencia ciega se afirman y se creen racionales. De hecho, el modelo racionalista al que obedecen es mecanicista, determinista, y excluye por absurda cualquier contradicción. No es racional sino racionalizador.

La verdadera racionalidad está abierta y dialoga con una realidad que se le resiste. Efectúa un incesante vaivén entre la lógica y lo empírico; es el fruto de el debate argumentado de las ideas, y no propiedad de un sistema de ideas. La razón que ignora a los seres, la subjetividad, la afectividad, la vida, es irracional. Hay que tener en cuenta el mito, el afecto, el amor, el arrepentimiento, que deben ser considerados racionalmente. La verdadera racionalidad conoce los límites de la lógica, del determinismo, del mecanicismo; sabe que el espíritu humano no puede ser omnisciente, que la realidad comporta misterio, negocia con lo irracionalizado, lo oscuro, lo irracionalizable. Debe luchar contra la racionalización que bebe en las mismas fuentes que ella y que, sin embargo, sólo incluye en su sistema coherente, que se afirma exhaustivo, algunos fragmentos de realidad. No sólo es crítica sino también autocrítica. La verdadera racionalidad se reconoce por su capacidad de reconocer sus insuficiencias.

La racionalidad no es una propiedad (en los dos sentidos del término: 1o la cualidad de la que están dotados algunos espíritus -científicos, técnicos- y de la que carecen los demás, 2o el bien del que son propietarios los técnicos y los científicos).

Al hacernos conscientes, nos invita a romper con la ilusión, propiamente occidental, de creernos propietarios de la racionalidad, y con la costumbre de juzgar cualquier cultura por el rasero de sus logros tecnológicos. En cualquier sociedad, por arcaica que sea, al mismo tiempo que mitos, magia y religión, hay presencia de racionalidad en la confección de útiles, las tácticas de caza, el conocimiento de las plantas, de los animales, del terreno. En nuestras sociedades modernas hay también presencia de mitos, de magia, de religión, incluido un mito providencialista que se camufla bajo la palabra razón, incluida una religión del progreso. La plena racionalidad, por su parte, rompe con la razón providencialista y con la idea racionalizadora del progreso garantizado. Nos lleva a considerar en su complejidad la identidad terrena del ser humano.

Pensar el contexto y lo complejo.

La identidad terrena y la antropolítica no pueden concebirse sin un pensamiento capaz de conectar las nociones desglosadas y los saberes compartimentados. Los nuevos conocimientos que nos hacen descubrir la Tierra-Patria, la Tierra-sistema, la Tierra-Gaya, la biosfera, el lugar de la Tierra en el cosmos, no tienen sentido alguno mientras permanezcan separados unos de otros. Repitámoslo: la Tierra no es la adición de un planeta físico, más la biosfera, más la humanidad. La Tierra es una totalidad compleja física/biológica/antropológica, donde la vida es una emergencia de la historia de la Tierra y el hombre una emergencia de la historia de la vida terrestre. La relación del hombre con la naturaleza no puede concebirse de modo reductor ni de modo desglosado. La humanidad es una entidad planetaria y biosférica. El ser humano, natural y sobrenatural al mismo tiempo, debe estar arraigado en la naturaleza viva y física, pero emerge y se distingue de ella por la cultura, el pensamiento y la conciencia.

Los pensamientos fraccionales, que cuarteán lo que es global, ignoran por naturaleza el complejo antropológico y el contexto planetario. Pero no basta con enarbolar la bandera de lo global: es preciso asociar los elementos de lo global en una articulación organizadora compleja, es preciso contextualizar esa misma globalidad. La reforma de pensamiento necesaria es la que genera un pensamiento del contexto y de lo complejo.

El pensamiento del contexto:

Debemos pensar en términos planetarios la política, la economía, la demografía, la ecología, la salvaguarda de los tesoros biológicos, ecológicos y culturales regionales -por ejemplo, en la Amazonia, las culturas indias y la selva al mismo tiempo-, de las diversidades animales y vegetales, de las diversidades culturales -fruto de experiencias multimilenarias que son inseparables de las diversidades ecológicas-, etc. Pero no basta con inscribir todas las cosas y los acontecimientos en un «marco» o en un «horizonte» planetario. Se trata de buscar siempre la relación de inseparabilidad y de inter-retro-acción entre cualquier fenómeno y su contexto, y de cualquier contexto con el contexto planetario.

El pensamiento de lo complejo:

Se necesita un pensamiento que reúna lo que está desglosado y compartimentado, que respete el todo diverso reconociendo el uno, que intente discernir las interdependencias;

- un pensamiento radical (que va a la raíz de los problemas);
- un pensamiento multidimensional;

- un pensamiento organizador o sistémico que conciba la relación todo – partes, como ha comenzado ya a desarrollarse en las ciencias ecológicas y las ciencias de la Tierra;
- un pensamiento ecologizado que, en vez de aislar el objeto estudiado, lo considere en y por su relación auto-ecoorganizadora con su entorno cultural, social, económico, político, natural;
- un pensamiento que conciba la ecología de la acción y la dialéctica de la acción y sea capaz de una estrategia que permita modificar, anular incluso, la acción emprendida;
 - un pensamiento que reconozca que está inconcluso y negocie con la incertidumbre, especialmente en la acción, pues sólo hay acción en lo incierto.

Es necesario hacer frente a problemas que comportan incertidumbres e imprevisibilidades, interdependencias e inter-retro-acciones de extensión planetaria relativamente rápida (Francesco di Castri), con discontinuidades, no-linealidades, desequilibrios, comportamientos «caóticos», bifurcaciones.

Es preciso aprehender no sólo la complejidad de las inter-retro-acciones, sino también el carácter hologramático que hace que no sólo la parte -el individuo, la nación- se encuentre en el todo -el planeta-, sino también que el todo se encuentre en el seno de la parte, como hemos indicado ya (véase capítulo I).

Lo particular se hace abstracto cuando está aislado de su contexto, aislado del todo del que forma parte. Lo global se hace abstracto cuando es sólo un todo separado de sus partes. El pensamiento de lo complejo planetario nos remite sin cesar de la parte al todo y del todo a la parte. La frase de Pascal puede aplicársele literalmente: «Pues siendo todas las cosas causadas y causantes, ayudadas y ayudantes, mediatas e inmediatas, y relacionándose todas por un vínculo natural e insensible que une a las más alejadas y las más distintas, considero imposible conocer las partes sin conocer el todo, al igual que conocer el todo sin conocer particularmente las parte»^{3[3]}.

La fórmula compleja de la antropolítica no se limita al «pensar global, actuar local», se expresa en el

^{3[3]} *Pensées, op. cit. pág. 91.*

emparejamiento: *pensar global* actuar local, *pensar local* actuar global. El pensamiento planetario deja de oponer lo universal y lo concreto, lo general y lo singular: lo universal se ha hecho singular -es el universo cósmico- y concreto -es el universo terrestre.

La pérdida de un universalismo abstracto les parece a muchos la pérdida de lo universal, la pérdida de un pseudo-racionalismo les parece a los racionalizadores un ascenso del irracionalismo.

Hay, ciertamente, crisis de un universalismo progresista abstracto, pero en el propio proceso donde todo se hace mundial, y donde todo se sitúa en el universo singular que es el nuestro, hay finalmente emergencia de lo universal concreto.

La restauración del pensamiento.

En el universo disciplinario no hay ya lugar reconocido para el pensamiento^{4[4]}. Hay filósofos, científicos que piensan, hay no-científicos y no-filósofos que piensan, pero el pensamiento parece una actividad ancilar de la ciencia, de la filosofía, cuando ciencias y filosofías están dedicadas a pensar al hombre, la vida, el mundo, lo real, y este pensamiento debiera retroactuar sobre las conciencias y orientar la vida.

Naturalmente, la reforma de pensamiento necesitaría una reforma de la enseñanza (primaria, secundaria, universitaria) que así mismo necesitaría la reforma de pensamiento. Naturalmente, la democratización del derecho a pensar necesitaría una revolución paradigmática que permitiera a un pensamiento complejo reorganizar el saber y conectar los conocimientos hoy encerrados en las disciplinas. Una vez más, comprobamos la inseparabilidad de los problemas, su carácter circular, dependiendo todos unos de otros, lo que hace que la reforma de pensamiento sea mucho más difícil y, al mismo tiempo, mucho más necesaria, puesto que sólo un pensamiento complejo podrá considerar y tratar esa circularidad interdependiente.

^{4[4]} Sobre los caracteres polifónicos del pensamiento, véase E. Morin, *La Méthode, t. 3, La Connaissance de la Connaissance, op. cit., págs. 182-190.*

La reforma del pensamiento es un problema antropológico e histórico clave.

Implica una revolución mental más considerable aún que la revolución copernicana.

Nunca en la historia de la humanidad han sido tan abrumadoras las responsabilidades del pensamiento.

El corazón de la tragedia está también en el pensamiento.
